Dos estudiantes matan a balazos en EE UU a 23 compañeros y profesores de su instituto

La policía cree que los asesinos, que iban armados con rifles y granadas, se suicidaron

JAVIER VALENZUELA, **Washington**

La violencia, la locura y el horror en las escuelas e institutos de Estados Unidos rebrotaron ayer tras unos meses de relativa calma. Un primer balance provisional del asalto terrorista y suicida protagonizado por dos estudiantes del instituto Columbine High, de Littleton, un suburbio de clase media de Denver (Colorado), situaba anoche en unos 25 el número de muertos y más de 20 el de heridos graves. Entre los cadáveres, que todavía estaban siendo recogidos al cierre de esta edición, figuraban los dos asaltantes, que, al parecer, se suicidaron tras disparar a diestro y siniestro contra sus condiscípulos. "Quizá ahora EE UU se despierte ante este desafío de la violencia juvenil", dijo anoche el presidente Bill Clinton en un discurso sobre los sucesos.

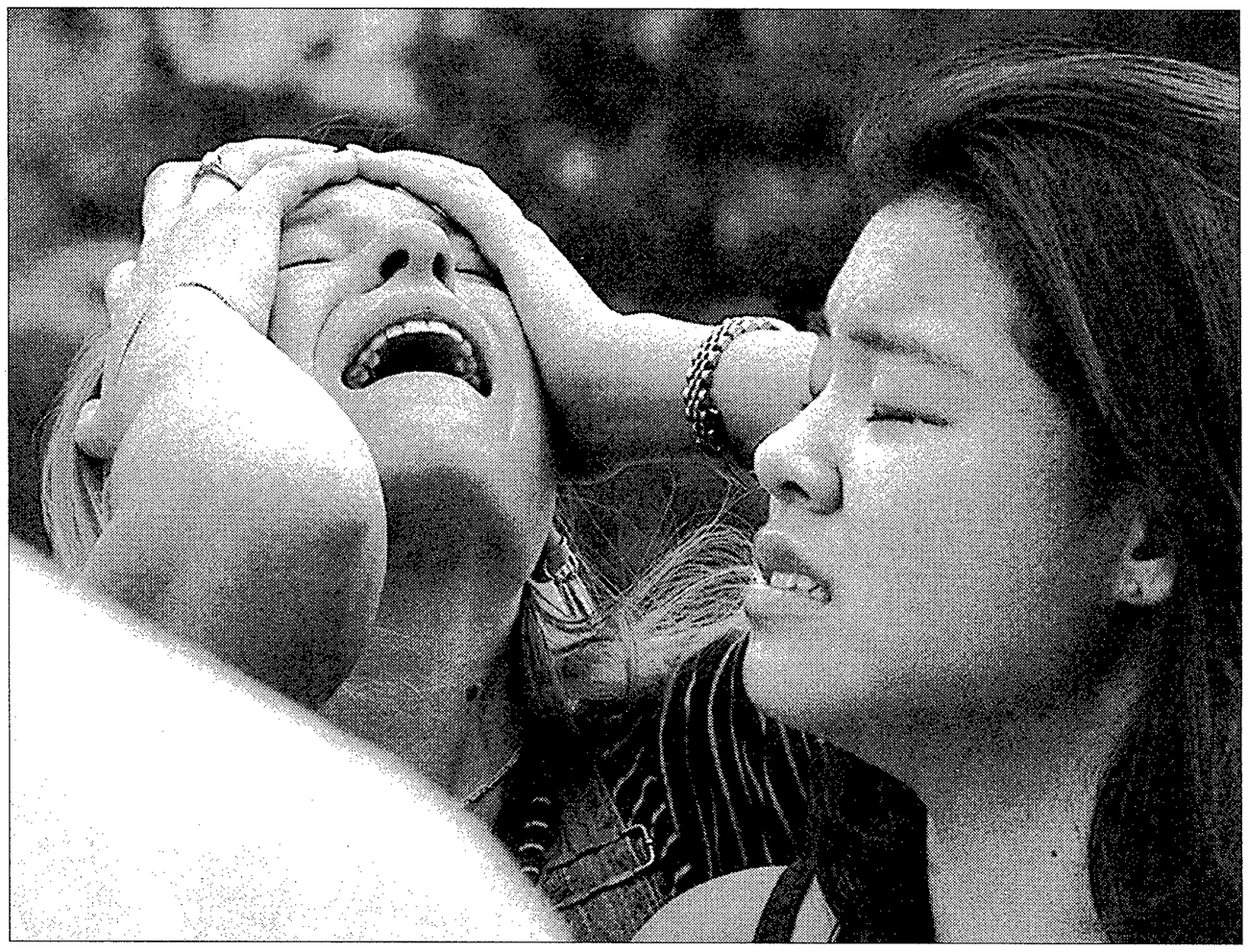
Mediada la mañana en Colorado, ocho horas más en la península ibérica, dos jóvenes con el rostro cubierto con pasamontañas negros, largas gabardinas negras y armados hasta los dientes con fusiles automáticos y granadas de fabricación casera, penetraron en el instituto Columbine High , de Littleton, y, según el relato de los supervivientes, comenzaron a acribillar a los alumnos concentrados en la cafetería y la biblioteca. También arrojaron explosivos. "Bajaron por las escaleras y comenzaron a disparar a la gente", dijo Janine, una superviviente de la carnicería. "No nos dimos cuenta de que la situación era real hasta que empezamos a ver correr la sangre".

Mientras, los aterrorizados alumnos, algunos de ellos heridos, escapaban como podían, cientos de policías, entre ellos tiradores de elite de los SWAT, rodearon el centro escolar.

En un primer momento, las autoridades informaron que, al menos, 20 estudiantes habían resultado heridos en el tiroteo —entre ellos una muchacha alcanzada por 9 proyectiles— y trasladados a hospitales. Pero lo peor llegó unas cinco horas después, en la medianoche española, cuando, tras un largo cerco, la policía entró finalmente en el centro y se encontró cadáveres por todas partes.

Dos de ellos, según informó el *sheriff* John Stone, eran los asaltantes que, en un primer momento se dijo habían sido abatidos por las fuerzas policiales.

El *sheriff* confirmó que eran estudiantes del instituto Columbine High y tenían en su poder armas y bombas. "Parece que quisieron cometer algún tipo de misión suicida, hicieron una carnicería y terminaron matándose ellos mismos", dijo Stone, mientras las ambulancias eran cargadas de cadáveres y seguía la excitación del vuelo de helicópteros y los movimientos de tiradores de elite uniformados de negro.



Estudiantes del instituto Columbine, en Denver, ayer, tras producirse el tiroteo. / ASSOCIATED PRESS

Informaciones confusas

Entre los alumnos, padres y profesores del centro reinaba el pánico, y en todo EE UU una profunda angustia mientras las cadenas de televisión nacionales retransmitían en directo el suceso. Las informaciones eran aún confusas, pero muchos estudiantes identificaban a los asaltantes como miembros de un grupo de condiscípulos que se hace llamar *la Mafia de la Gabardina,* por vestir habitualmente este tipo de prenda. "Son unos tipos extraños, pero hasta ahora no habían hecho nada violento", declaró un joven.

Columbine Highs es un instituto de Littleton, un tranquilo suburbio de acomodada clase media de unos 35.000 habitantes, al suroeste de Denver. El centro abrió en 1973, tiene unos 1.800 estudiantes y no había sido protagonista hasta ahora de la oleada de violencia en escuelas e institutos de EE UU desatada a partir de 1997.

"Quizá ahora EE UU se despierte ante este desafío de la violencia juvenil, que ha terminado alcanzando un lugar pequeño y pacífico como Littleton", dijo anoche Bill Clinton en un segundo discurso de urgencia a la nación centrado sobre la matanza del instituto en Denver. "Hillary y yo", dijo, "estamos profundamente conmocionados y entristecidos por este caso en que dos estudiantes dispararon sin motivos contra sus condiscípulos y terminaron matándose a sí mismos. Estados Unidos tiene que despertarse".

"Quizá nunca comprendamos cómo pudo ocurrir esta tragedia, pero sabemos que tenemos que hacer todo lo posible para enseñar a nuestros niños a expresar su enfado con palabras y no con las armas". Como millones de sus compatriotas, Clinton siguió durante horas en directo a través de televisión la tragedia del instituto de Colorado.

En un primer momento, el presidente interrumpió un discurso sobre la buena situación económica del país, para pedir a sus compatriotas una oración por las víctimas del tiroteo de Littleton y sus familias. "Espero que los estadounidenses recen por los estudiantes, sus padres y sus profesores", dijo Clinton al referirse a las víctimas.

Angustiosa espera

El presidente no hizo más comentarios, explicando que prefería esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos mientras los portavoces oficiales todavía no podían confirmar el número de agresores ni si éstos seguían todavía en el interior del instituto. Para entonces los informes policiales ya hablaban de 14 heridos, la mayoría estudiante pero las noticias se sucedían con gran confusión.

Algunos medios informativos aseguraron que los agresores eran seguidores de Timothy McVeigh, condenado a la pena capital por el atentado de Oklahoma, en el que murieron 168 personas y cuyo cuarto aniversario se conmemoraba ayer. dieron cuenta de la detención de tres jóvenes que se hallaban en las inmediaciones del instituto, todos ellos vestidos de negro y al estilo de los integrantes de la *mafia de la gabardina*. La policía no aclaró los motivos de las detenciones de los estudiantes que al parecer eran amigos de los agresores pero no participaron en el tiroteo.

221 muertos en colegios en 6 años

JAVIER DEL PINO
Washington

Las estadísticas señalan que ha habido 221 muertes en los colegios de Estados Unidos en los últimos 6 años. La peor temporada fue el año escolar 1992-93, en el que hubo 50 alumnos fallecidos como consecuencia de actos violentos en colegios e institutos.

Ha aumentado peligrosamente el número de sucesos, calcados uno de otro: alumnos que acuden a su centro armados hasta los dientes y con ánimo de revancha.

En West Paducah (Kentucky), un muchacho de 14 años, Michael Carneal, mató a tres compañeras de colegio e hirió a cinco alumnos en un acto que ni para él mismo encontró motivación en el juicio.

Poco después, dos amigos de sólo 11 y 13 años se situaron en el exterior de un colegio de Jonesboro (Arkansas) y dispararon contra alumnos y profesores después de hacer sonar la alarma antiincendios. Habían robado las armas en casa del abuelo de uno de ellos y habían preparado su acción con estrategia militar y frialdad escalofriante.

En Springfield (Oregon), hace menos de un año, un niño que se declaraba enamorado de las armas mató a varios compañeros cuando disparó contra los estudiantes que estaban en la cafetería del colegio.

En todos los casos se abrieron los mismos debates: por un lado, la creciente tendencia a la violencia; por otro, el fácil acceso a las armas en un país apasionado por ellas.

Por eso, la foto que distribuyó la prensa del estudiante de 11 años autor del atentado de Jonesboro mostraba a un niño vestido de militar, de los pies a la cabeza, empuñando un fusil. Iba en compañía de su padre, que le enseñaba a hacerlo.

Una sociedad presa de la violencia cultural

J. V., **Washington**

La matanza de Littleton, la más sangrienta de cuantas se han registrado en colegios estadounidenses, ha reabierto en EE UU el eterno debate sobre la cultura de la violencia en la que está instalada la sociedad estadounidense. El pasado año, el presidente de EE UU, Bill Clinton, pidió al Congreso y a la sociedad que adoptaran medidas contra la violencia escolar. "Como todos los norteamericanos", dijo entonces, "estoy luchando por intentar entender qué es lo que puede llevar a un adolescente a cometer actos tan terribles".

El presidente se declaró "profundamente perturbado" por una racha de sucesos semejantes. "Tenemos que aceptar", prosiguió, "que no nos encontramos ante incidentes aislados, sino ante síntomas de un cambio cultural que ha insensibilizado a nuestros hijos respecto a la violencia. La mayoría de los niños y adolescentes ven cientos e incluso miles de asesinatos en la televisión, las películas y los videojuegos antes de llegar a la universidad".

En todos los sucesos similares anteriores, los asaltantes fueron adolescentes o jóvenes sin particulares problemas raciales, sociales o económicos, pero fascinados por la cultura de la violencia que domina el cine y la televisión de EE UU y con la posibilidad de acceder sin el menor problema al uso de armas de fuego. Es una "enfermedad cultural", declaró el pasado año el gobernador de Arkansas, Mike Huckabee.

Soluciones a tiros

Tras cada uno de estos tristes sucesos, los padres estadounidenses se han preguntado porqué sus hijos, rodeados de psicólogos, pueden estar cada vez más envueltos en la violencia. "Vivimos en un mundo en el que la violencia en televisión y en los filmes te enseña que se pueden resolver tus problemas con sólo apretar el gatillo", ha explicado Robert Kinght, director del Consejo de Investigaciones Familiares.

Los menores de edad estadounidenses, según el Fondo para la Defensa de los Niños, una ONG basada en Washington, tienen 12 veces más posibilidades de morir por arma de fuego que la media del conjunto de los otros 25 países plenamente industrializados. En 1993, el último año sobre el que existe una información completa, 5.721 menores norteamericanos fallecieron de un balazo, o sea, uno cada hora y media. Hubo de todo; crímenes, suicidios y accidentes; acciones cometidas por adultos y acciones cometidas por pequeños.

"En la década de los noventa", según Ronald Stephens, director del Centro Nacional para la Seguridad en las Escuelas, "estamos asistiendo a una extensión de la violencia por el EE UU rural. ¿Qué está ocurriendo para que la América profunda de Arkansas o Colorado [donde se encuentra Littleton], tome el relevo de la muerte a Nueva York, Chicago, Detroit o Los Angeles?", se preguntaba.